



**Manuel Bretón delos Herreros**

## **Las cucas**

¿Por qué se da el nombre de cucos a los jugadores de profesión, alias fulleros? ¿Acaso porque semejan al cuclillo, o sea cuco, en lo de ser aves de paso si la policía tal cual vez, y nunca tanto como debiera, los persigue? ¿O será porque la infausta pasión que los domina llega a extinguir en ellos todo movimiento de benevolencia y de cariño, y hasta la pródiga ternura de padres en los que llegan a serlo por desgracia suya y la de su mísera prole? Digo esto porque al referido bípedo plumado se le tiene en la opinión del vulgo, no sé si muy fundada, por tan egoísta y descastado como lo prueba esta coplilla popular:

Soy de la opinión del cuco,  
Pájaro que nunca anida;  
Pone el huevo en nido ajeno  
Y otro pájaro lo cría.

La opinioncilla (entre paréntesis) es más cómoda que edificante; y 525 aunque, sin mucho separarse de la genuina significación de los vocablos, puede muy bien aplicarse a los hombres, sean cucos o no lo sean, parece, no obstante, más adaptable tan disolvente máxima a las damas que a los galanes; y si hay o no prójimas que así la entiendan y practiquen, díganlo los registros del Hospicio y el Refugio, de la Inclusa y los Doctrinos; díganlo tantas madres, si menos desnaturalizadas, lo bastante para delegar [en zafias, asalariadas y rudas pasiegas los dulces cuanto sagrados deberes]<sup>6</sup> de la maternidad; y no por falta de la necesaria robustez (que fuerza es absolver de toda culpa a las enfermas y a las enclenques), sino porque todo lo sacrifican a su conservación y regalo, y porque su culpable y necia vanidad las ha persuadido de que eso de criar a sus pechos los frutos de sus entrañas es cosa de mujeres de poco más o menos.

Por otra parte quien pone el huevo, sin tomarse la molestia de fabricar el nido y empollar a la criatura, no es el cuco macho (eso nadie lo ignora), sino el cuco hembra; y mirada así la cuestión, es indudable que la desvergonzada cuarteta con ellas habla; esto es, con las mujeres; y no con nosotros pecadores; es decir, con los hombres.

Como quiera que sea, no tomarán a mal mis lectores la precedente indagación acerca de la analogía que pueda haber entre el pájaro susodicho y ciertos pajarracos que, aunque parezca licencia poética, pertenecen a la sociedad humana.

Podría también justificarse el apodo de cucos con que se designa a los tahúres, asimilándolos con la oruga o larva de cierta mariposa nocturna que, según el Diccionario de la Academia mi señora, lleva asimismo el nombre de cuco; pues sabido es que los que juegan por vicio o por industria tienen mucho de nocturnos y no poco de orugas.

Aténgome, sin embargo, a la primera interpretación, y en el curso de este articulejo haré ver que para ello no me faltan razones, ni para opinar que con ellas más que con ellos dicen relación los cuatro versículos insertos; que si hay tahúres y fulleros masculinos, no faltan, en Madrid especialmente, del otro género; quiero decir del femenino; supuesto que, si con referencia al precitado bípedo la dicción es epicena, no así en su significado traslaticio, pues decimos cuco y cuca.

Sí, carísimos lectores; como si harta no fuese para roer y podrir a la humanidad la polilla de los cucos, plugo a Dios castigarnos con la carcoma de las cucas.

Aves de la noche (porque de noche es por lo regular cuando se tira la oreja a Jorge), no las busquéis de día en ninguna parte, y menos que en ninguna en misa o en el jubileo; cuando más, si sois madrugadores, las encontraréis al rayar la aurora ganando a paso de Luchana su inmundo domicilio, como las máscaras subalternas que a la misma hora, saboreando todavía la postrera polea íntima y el comunista cotillón, se retiran famélicas, soñolientas y cariacontecidas. No mejor paradas dejan el garito las cucas; que si el placer, el desorden y la danza abusiva aran el cutis, hundén 526 los ojos, afligen el estómago, derriten el colorete, agruman el albayalde y enmarañan y amotinán las greñas, ¿qué no hará el tufo de las velas de sebo o los mal acondicionados quinqués, sin el que despide tanto gandul reñido con el aguador y la lavandera, apiñados en torno del mugriento y raído tapete que fue verde cuando Dios quería? ¿Qué

carmín ni qué nácar resiste a la hedionda y perdurable humareda de tantas tagarninas, vulgo cigarros, ardiendo a porfía y produciendo, entre horribles blasfemias o groseras bufonadas, toses estentóreas, bárbaros estornudos y efluvios abominables? ¿Con qué cara medio decente ha de amanecer el desventurado que, rebelde a las instancias de Morfeo, trasnocha viéndolas venir, lacerando sus pulmones y quemándose a fuego lento la sangre? ¿Con qué talante saludará al astro del día la veladora codicia, siempre enemiga del reposo y siempre adversa a la salud o por no saciada o por insaciable? Y no echemos en olvido la circunstancia muy agravante de que estas vigiliias procelosas deterioran tanto más la fisonomía de la mujer cuanto que su tez es más impresionable (permítaseme la expresión) y sus fibras más sensibles y delicadas que las del hombre: y téngase en cuenta que las cucas, con muy raras excepciones, son personas propectas, o, cuando menos, muy adultas; que por pecaminosas o por desesperadas, o por uno y otro, recurren muchas hijas de Eva a los albueros cuando no son de recibo para juegos más agradables; y cuando Venus las jubila, Mercurio las recluta.

Velando de noche, claro está que han de dormir de día, y de tal sistema de vida, si es vida la del jugador, ya se infiere cómo andarán, o mejor dicho, cómo no andarán las haciendas de la casa, confiadas a alguna desarrapada y espesa asturiana, donde la hay; que muchas de nuestras heroínas saben prescindir estoicamente de ser tan mal servidas, y se reducen a comer fiambres o tal cual fritada de tarángana o de asadura que ellas mismas avían a su manera. ¡Qué virtudes suele cobijar una astrosa papalina!... Porque conviene advertir que la mayoría de las aficionadas a judías o contrajudías suelen ser intendentas, brigadieras, o por lo menos comisarias, siquiera con así titularse sean tocayas de las mulas de colleras. No aseguraré yo que con tales dictados consten en el padrón del barrio; pero ello es que nadie se los disputa en las tertulias a que concurren.

He dicho antes que estas excéntricas ciudadanas son invisibles de día; pero está averiguado que salen alguna vez de su pocilga mientras Febo alumbra, aunque siempre de tapujo, ya para cobrar la viudedad exigua de que algunas disfrutan, ya para empeñar o desempeñar en el Monte (el de piedad; no el que es teatro de sus glorias) sus trashumantes alhajuelas, ya para pedir y petardear a sus amigos y conocidos, y aun a los que no son aquello ni esto; y las hay que, calado el velo de la inválida mantilla, mendigan entre dos luces, a título de pobres vergonzantes, la triste y menguada limosna con que luego prueban fortuna al albur o al gallo, al entrés o al ganarán.

Una vez principiada la cotidiana partida, pugnan a cual más por apresurarse a merecer el apodo de cócoras; palabra inventada sin duda expresamente para zaherirlas, aunque alguna vez se aplica también a los hombres; palabra que aún no ha ingresado en el Diccionario de la consabida Academia; pero yo he de influir todo lo que pueda para que se le dé carta de vecindad<sup>7</sup>; que otras con menos razón lo han adquirido, pues sobre venirse usando desde principios del siglo que ya ha mediado, si no desde antes, es sumamente significativa, porque con ella sola se moteja a un individuo importuno, exigente, fastidioso, pedigüeño, agorero, quejumbroso, gárrulo y chinche; y hasta por ser esdrújula y un tanto

cacofónica, parece que convida a articularla con el agrio gesto y el sarcástico tonillo que ordinariamente la acompañan.

Como las cucas pertenecen al sexo débil (ya que no al bello sexo), forzoso es que tengan asiento, y preferente, a la mesa sacrificatoria, aunque todo su caudal efectivo no exceda de un napoleón, y aunque por encima de sus mal pergeñadas cabezas se apunten onzas de oro. Los jugadores de por vida, aunque no suelen ser modelos de la más perfecta y atildada cortesanía, las dejan en posesión de tan impertinente privilegio; pero a regañadientes, y no sin punzarlas, sobre todo los que pierden, con pullas transparentes, con irónicos requiebros y con indirectas del padre Cobos. Curtidas ya en aquel aperreado oficio, hacen ellas a todo orejas de mercader si pinta bien el naípe, y si van mal dadas, y por ende se les subleva la atrabilis, sueltan una andanada de injurias y denuestos contra el lucero del alba, acogíendose a falta del de una potencia amiga, al pabellón de su impotencia, y sin olvidar las usuales muletillas de: ¡soy quien soy!, ¡respete usted a una señora! y ¡si viviera mi difunto!...

Pues ¿qué diremos de los derechos que usurpan, de las gollerías que exigen, de los dengues que prodigan, de las tretas con que especulan y de las disputas que promueven? Ellas a la menor distracción, y aun sin ella, se desmandan a cobrar la puesta que pertenece a otro: a esto en el lenguaje técnico del arte se llama levantar muertos. Ellas al banquero o al punto ganancioso piden armaduras; esto es, que les den en albricias algo de lo que han ganado, y haciendo esto se diferencian solamente de los barateros de presidios y campamentos en no pedir la alcabala con navaja en mano. Ellas solicitan un duro efectivo para jugarlo de vaca con otro imaginario, y si ganan cobran, y si pierden no pagan. Ellas hacen la oreja al banquero; es decir, ponen siempre su pesetilla al naípe descargado, con la esperanza y a veces con la insinuación de que previamente se la den por ganada, en remuneración de votos y simpatías. Ellas exageran y gimen y lamentan sin tregua lo que pierden, y occultan o niegan o disminuyen lo que ganan. Ellas estafan sin el menor escrúpulo a sus contertulios, rifando a duro la carta<sup>8</sup>, o lo que es lo mismo, en cuarenta duros, el pañuelo de tartán o el aderezo de similor que no valen seis en buena venta. Ellas, si a deshora de 528 la noche ocurre traer de la fonda un refrigerio, devoran los mejores bocados sin pagar nunca el escote, y beben sin temor de Dios, y algunas también, especialmente si son andaluzas o americanas, encienden un chicote... ¡Horror, horror!... Y es de admirar la benigna tolerancia con que oyen las más brutales desvergüenzas y las más impías maldiciones, no sin conatos, y alguna vez más que conatos, de echar su cuarto a espadas; y la filosófica indiferencia con que, sin importarles un ardite, descomponen con el continuo manoteo el mal compuesto prendido, y con la incesante presión de los colaterales y el tráfago y la inquietud de sí mismas, exhiben lo que la caridad en ellas como el pudor en otras debería esconder. Y siempre son las primeras que llegan a aquella sórdida oficina y las últimas que la abandonan, desafiando cierzos y nieves y tempestades, arrostrando tumultos y pronunciamientos, y saltando si es menester por entre zanjas y barricadas, aunque otra cosa les aconsejen sus bajos y sus zancajos. Y con esta vida, comparada a la cual es apacible y regalona la del azacán y el galeote, nunca salen de la repugnante miseria en que ningún mérito contraen para con Dios, y ¡gracias si lo adquieren

para Leganés o para San Bernardino!

He aquí un imperfecto y rápido bosquejo de lo que son esas perdularias, omitiendo en gracia de la brevedad más de cuatro pinceladas características, que fácilmente suplirán los que hayan fijado un poco su curiosa atención en tipo tan aciago y extravagante, y que ciertamente no hacen falta para que todo cristiano mire a la mujer tahúra con un pesaroso sentimiento mezclado de aseó y de compasión. ¡Y cuenta que no he querido examinar a la cuca sino considerándola en su aislada y deshonrable individualidad! ¿Qué colores, por negros que fuesen, bastarían a pintar como merecen la jugadora esposa, la jugadora madre?... ¡Qué honra y qué ventura para el marido de mujer semejante, si no es tan vicioso y tan trueno como ella!... ¡Qué escuela para los hijos, y sobre todo para las hijas!... ¡Ay de ellas si las lleva al garito! ¡Ay si las deja en casa!... Por no acabar con imprecaciones y anatemas de misionero este cuadro de costumbres, con más humilde y festivo propósito iniciado, omitiré las muchas y graves reflexiones que a mi pluma se agolpan, y resumiéndolas en una sola, digo que la hembra dada al juego no es consorte aunque esté casada, ni madre aunque tenga hijos: es... jugadora, es cuca.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

